

Cuadernos del Sur

AÑO 11 N° 19

Junio de 1995

Editorial: Tierra del Fuego

Tierra del Fuego

EL AÑO QUE ESTUVIMOS EN NINGUNA PARTE

La guerrilla africana del Che.

de Paco Ignacio Taibo II, Froilán Escobar y Félix Guerra

Edic. del Pensamiento Nacional. Bs.As. 1995.

Este libro, portador de un carácter profundamente testimonial, viene a llenar un vacío que la dispersa información disponible entonces, y los debates y discusiones de la segunda mitad de los sesenta, no alcanzaron a llenar. 1965 fue un año decisivo por muchas razones para el curso de la revolución latinoamericana, y fue también el año en que Ernesto Guevara desapareció de la escena pública, para reaparecer recién dos años después, y para siempre ya, en el incommensurable espesor de la selva Boliviana.

Como bien dicen los autores en su nota introductoria ese año, en que el Che estuvo en ninguna parte, dio origen a un sinnúmero de versiones y comentarios: desde que estaba encerrado en un hospital psiquiátrico cubano; o que se encontraba en Las Vegas; o que estaba combatiendo en Vietnam o en Santo Domingo, hasta que había sido asesinado luego de una dura discusión con Fidel Castro. Este libro termina dando por tierra definitivamente con estas versiones, confirmando las noticias que fragmentariamente habíamos conocido desde 1990.

Para los hombres y mujeres de la década de los años sesenta, esa déca-

da idealizada por muchos y denostada por otros; plagada de ilusiones y esperanzas para quienes la protagonizaron e ignorada hasta lo impensable por buena parte de los jóvenes de hoy, este documento es absolutamente necesario.

Pero quisiera señalar también que para nosotros este libro cálido y hermoso, que confirma la enorme dimensión humana del Che, es también profundamente conmovedor. Tiene el mismo tono, la misma pesada densidad, del *Diario de Bolivia*, y con el sucede lo que con el *Diario...*, o con esa formidable trilogía de Isaac Deutscher sobre Trotsky, *El profeta armado, desarmado.. desterrado*; o el relato de André Malraux sobre las brigadas internacionalistas en la guerra civil española, *La Esperanza*. Uno se devora estos textos hasta sobrepasar apenas la mitad de sus páginas y luego, lentamente, sin darse cuenta, disminuye la velocidad de la lectura, y no es porque esta se haya hecho más engorrosa o compleja, es que se acerca al final, un final que ya se conoce de antemano, y al que no se quiere arribar, pero que es real y que inexorablemente se produce.

Se narran aquí en un estilo direc-

to, lo que la investigación sociológica llamaría información primaria combinada con manuscritos y correspondencias, las peripecias, los esfuerzos, la voluntad heroica, de un grupo de revolucionarios internacionalistas, cubanos, negros; que sumados a otros revolucionarios africanos, negros también, eran comandados por un hombre blanco, al que pocos conocían realmente, y al que llamaban Tatu.

Pero es también este libro una muestra inacabada de las difíciles relaciones entre la voluntad revolucionaria y la realidad. Esa realidad siempre esquiva, inasible, que se resiste a nuestros deseos y propósitos, esa realidad africana que en verdad no se conocía... y que concluye con la reflexión amarga de quién reconoce la derrota, la ineficacia de su accionar, en un ámbito al que no lograr conmover.

Ese desconocimiento de la realidad, tanto al interior del escenario de los acontecimientos como por afuera de ellos (el apoyo externo) queda patéticamente señalado en dos pasajes del texto: uno es cuando se hace mención a la *Dawa*, una protección mágica contra las balas, contra el avión, contra los cañonazos que, impartida por el hechicero de la tribu, daba inmunidad ante los ataques del enemigo, y por lo que tanto rwandeses como congoleños no salían al combate hasta que no recibieran esta protección... y que pensaban que la *dawa* de los cubanos era mejor porque... estos no tenían nunca miedo.

El otro está contenido casi al final del libro, en una hermosa carta que Ernesto Guevara le envía a Fidel Castro,

donde le dice, usen el dinero con cuentagotas, no manden armas tenemos de sobra..., no manden gente, manden cuadros, médicos revolucionarios, manden mecánicos que tenemos las lanchas paradas... y donde al final se queja amargamente de que el ha dispuesto luego de un severo análisis disponer de una modesta suma en dólares al mes para el frente de batalla y se ha enterado que los representantes africanos que 'pasean' por el exterior estaban recibiendo una suma veinte veces mayor, y de una sola vez... La incomprendión como se ve estaba en todos lados.

Puestos a reflexionar alrededor de este texto, tan bello como desgarrador, vale preguntarse a treinta años vista, y en un mundo que ha cambiado profundamente, por qué después de África, Bolivia. Una selva distinta, unos indígenas diferentes, una cultura casi desconocida, pero una realidad tan difícil como aquella.

Es inevitable, al ir en busca de respuestas, no recuperar viejos debates, pero no se trata de ver solo la acción del guerrillero heroico, que lo fué; o el aventurero romántico o el internacionalista consecuente, que también lo fué. Se trata de ir al encuentro de las facetas menos divulgadas, pero tal vez las más creadoras de la personalidad de Ernesto Guevara. Se trata del Che como constructor del socialismo.

Resurgen aquí el Gran Debate Económico de los años 62-64, el cruce de ideas más importante desde los tiempos de Lenin y Trotsky y de los primeros Congresos de la III Internacional, promovido provocativamente por el

Che para discutir las ideas de la autogestión financiera en las empresas, y el cálculo económico que venían desde el Este. Su lucha contra el burocratismo, que alarmado veía crecer en Cuba, como muchos años después reconocería el propio Fidel. Su Discurso de Argel: *El internacionalismo no tiene fronteras*, una fuerte crítica a la política de los países de las burocracias de estado del Este y a la propia URSS. El Che sostenía el intercambio desigual: «la ayuda a los pueblos que luchan por su liberación tiene que tener un costo para los países socialistas». El intento de forjar un eje entre la isla y la Argelia revolucionaria de Ben Bella, para mantener alejados a los países que luchaban por su independencia de la política de bloques sancionada por los acuerdos no explícitos entre la URSS y los EE.UU., y mantenerse alejados también del conflicto chino/soviético.

El Che no era un teórico, se elevaba desde la práctica para mejor comprender los hechos y buscar resolvélos. Tal vez no conocía, pero ejercía como pocos, esa vieja máxima leninista, popularizada por aquellos años por el filósofo francés Jean Paul Sartre, «La teoría nace de la acción y al mismo tiempo la enriquece».

Ernesto Che Guevara se anticipó a los acontecimientos y comprendió mejor que nadie que la revolución cubana encontraba límites a su autonomía en las nuevas relaciones internacionales, y que a él mismo en el interior de la revolución ya no le quedaban mayores espacios para forjar un escenario de debate receptivo para sus ideas.

Hay en toda su concepción un hilo conductor, está tan alejado de la escolástica estalinista como del dogmatismo quasi religioso proveniente de la URSS, y de la idea economicista del socialismo. La carta al director de Marcha de Montevideo, *El socialismo y el hombre en Cuba*, es por demás ejemplificadora. El Che expresaba una tendencia crítica al interior de la dirección revolucionaria cubana, que disputaba en torno al modelo de construcción del socialismo en Cuba, y sobre el mismo curso de la revolución mundial. Tal vez aquí se encuentren muchas de las respuestas a los interrogantes que el libro no cierra, y para esto se apoyaba en el que fue y es aún el dirigente histórico de la revolución, por quién el Che profesaba un enorme respeto y cariño, que seguramente hoy mantendría.

El año que estuvimos en ninguna parte. La guerrilla africana del Che, es un libro profundamente conmovedor, hermoso y de lectura imprescindible para quienes hoy se acercan al conocimiento de la historia reciente de la lucha por el socialismo, y sobre todo para los integrantes de aquella generación que practicaron más que emblemáticamente esa suerte de praxis guevariana: *dicir lo que pensaban y actuar según decían*.

Eduardo Lucita.